

TENDENCIAS MUNDIALES, FOROS E INTERNACIONALISMO

x Iñaki Gil de San Vicente

0. PRESENTACIÓN

1. LA TENDENCIA A LA REAPACION DE “NOVEDADES”
2. EL PROBLEMA DE LAS TENDENCIAS EN EL CAPITALISMO
3. LAS TENDENCIAS DE “VUELTA AL ESTADO”
4. LA UNION EUROPEA COMO EJEMPLO DE EVOLUCIÓN TENDENCIAL
5. SOCIEDAD CIVIL, FOROS E INTERNACIONALISMO REVOLUCIONARIO

0. PRESENTACIÓN

La oleada de luchas mundiales iniciada en la primera mitad de los '90 ha originado de entre muchos nuevos acontecimientos, también el de la realización de una serie de Foros, Encuentros, Reuniones y Contracumbres insospechables poco antes. Actualmente es muy difícil encontrar un pequeño colectivo con preocupaciones sociales de cualquier tipo que no esté al tanto de lo más elemental de la lista de reuniones internacionales. Conforme ascendemos en la magnitud, fuerza e influencia de los grupos y organizaciones, por no hablar de sindicatos y partidos, vemos que la preocupación por las relaciones internacionales se ha convertido en una necesidad más en la acción cotidiana. No debe sorprendernos, por tanto, que crezca a su vez la crítica a los esfuerzos del reformismo por monopolizar y controlar esta tendencia o, al menos, su parte más significativa e importante. El caso del III Foro Social Mundial de Porto Alegre, Brasil, ha sido paradigmático pero los debates también se producen acerca de eventos menos conocidos internacionalmente y más localizados regionalmente.

Poco antes del III FSM se publicaron varios artículos a favor y en contra de acudir a Porto Alegre. Personalmente, yo era partidario de acudir críticamente, y los resultados obtenidos han confirmado la corrección de esa postura. Pero se trata de una postura determinada por la realidad de ser miembro de una nación oprimida y de un pueblo trabajador sometido a una implacable represión. Estas y otras condiciones no pueden ser dejadas de lado porque forman el contexto histórico en el que malvive Euskal Herria desde finales del siglo XVIII y primer tercio del XIX. Comprendo que otras personas igualmente revolucionarias piensen diferente y sostengan que los resultados del Foro, por ejemplo, esa declaración que hay que coger con pinzas por ser una forma de hablar sin decir nada serio, han confirmado la inutilidad de acudir y la necesidad de, al contrario, avanzar en otra forma de potenciación del internacionalismo. Yo estoy de acuerdo en esto segundo, pero pienso que en las condiciones de Euskal Herria también hay que estar presente críticamente en bastantes de los Foros reformismos. Eso quiere decir que hay que analizar cada evento en su particularidad y a la vez como parte de un proceso general, de modo que se pueda acudir un año y el siguiente no, o viceversa, dependiendo en la evolución del proceso de luchas y de los movimientos del poder dominante. Estos actos han de ser utilizados, en el actual momento, como un medio y como una táctica, que no como un fin y una estrategia intocable, eterna e incuestionable.

Consiguientemente, el problema radica no en discutir sobre lo táctico, sino en llegar a descubrir lo que nos une en lo fundamental, en lo decisivo, en lo que determina la coherencia histórica de la lucha revolucionaria por encima de los pasos tácticos que hayan que darse en coyunturas muy cortas. Es por esto, para buscar lo que como revolucionarios tenemos en común y nos identifica y une frente al capitalismo, es por lo que antes que nada planteo una reflexión sobre las tendencias de fondo del sistema. Uno de los peores errores que podemos cometer en estos momentos es creer que todo el futuro está ya determinado y fijado, que no hay posibilidad de variación y que cada cual ha de tirar por la línea que cree que es la única posible.

1. LA TENDENCIA A LA REAPACION DE “NOVEDADES”

En los últimos tiempos una serie de problemas y de situaciones más o menos "novedosas", han acelerado los debates sobre la naturaleza del capitalismo contemporáneo. Entrecómillo lo de “novedosas” por dos

razones: una, porque quiero remarcar la dialéctica de la esencia y el fenómeno, del contenido y del continente en la evolución del modo de producción capitalista, indicando que si bien este modo de producción se presenta de formas diferentes en sus respectivas formaciones económico-sociales y a lo largo de sus fases históricas, si bien esto es cierto, no es menos cierto que, empero, su esencia y su naturaleza --la necesidad ciega del máximo beneficio y la tendencia objetiva a la generalización de la producción de mercancías-- no solamente permanecen inalterables sino que van extendiéndose como un cáncer, como una plaga que devora el planeta entero. Y dos, porque me apetece recordar, siquiera muy brevemente, cómo hasta hace muy poco una enorme legión de intelectuales, teóricos, profesores, conferenciantes, políticos, etc., se llenaba la boca perorando sobre la “nueva economía”, la “economía de lo intangible”, de “lo inmaterial”, de “la inteligencia” y otros adjetivos que sería prolijo repetir.

Según esta corriente burguesa, desde mediados de los '80 el capitalismo “tradicional”, “clásico” --el de la lucha de clases, las revoluciones y las guerras de liberación nacional, para decirlo claramente--, había entrado en extinción definitiva siendo sustituido por otra cosa, que nadie sabe cuál ni qué es pero todos la nombran. Sobre todo, hasta el trabajo mismo --sin precisar apenas qué entienden por “trabajo”-- estaba en proceso de extinción. El arrollador avance, decía y dice esta corriente, de las nuevas tecnologías, la informática en todas sus vertientes, las nanotecnologías, las biotecnologías y la genética, los nuevos materiales, las nuevas energías, la tecnociencia y las “novedades” introducidas por las “reformas económicas”; todo ello conjuntamente, dicen, ha reemplazado durante la década de los '90 al capitalismo de toda la vida, para entendernos, por la cosa que nadie sabe definir.

Si utilizáramos una terminología marxista estricta, es decir, si recurriéramos al arsenal teórico capaz de enseñar en poco tiempo muchas cosas, diríamos que la evolución histórico-genética del capitalismo está mostrando en la actualidad todo el potencial destructor implícito en la esencia genético-estructural de este modo de producción. La creciente degeneración de fuerzas productivas en fuerzas destructivas, y el despilfarro irracional y suicida que el capitalismo está realizando de los recursos naturales y de las fuerzas productivas racionalmente empleadas, este proceso, ya anunciado por el marxismo, es en la actualidad la característica dominante. En los EEUU, la dominación del complejo industrial-militar sobre el resto de las fuerzas productivas, y su estrecha alianza con el capital financiero, la industria energética y la tecnociencia, es innegable. La economía norteamericana se sumergió a finales de los '90 en una crisis muy seria que había logrado posponer durante unos años gracias a la expoliación imperialista de medio mundo, lo que le ha permitido mantener sin problemas un inmenso e imparable déficit público. Es tan grande este poder que hasta la Reserva Federal empieza a advertir de los riesgos del escoramiento militarista improductivo a medio y largo plazo, pero, entre otras cosas, no habría remilitarización yanqui sin déficit público gigantesco. El distanciamiento crítico de la Reserva Federal se ha sumado a un debate iniciado cuando 400 economistas criticaron la política económica de la administración Bush, y fueron respondidos por otro bloque de 200 fieles al presidente, o mejor decir a la fracción capitalista que controla el petróleo, la producción armamentista, la tecnociencia y el capital financiero.

El rearme en Japón es una tendencia en imparable aumento, aunque esta potencia capitalista, la segunda del mundo si pensamos que en China todavía no ha triunfado definitivamente el capitalismo, lleva una década de crisis nunca conocida antes, con tres recesiones consecutivas en diez años y está entrando ya en la cuarta, por mucho que lo nieguen sus desbordados dirigentes. Aunque la Unión Europea se ha librado hasta ahora de tener que ampliar mucho su gastos improductivos en armamento, lleva ya un tiempo aumentándolos y, si se cumple la reciente amenaza de los EEUU de retirar sus tropas de Alemania y si los yanquis aumentan sus presiones para que la UE dedique más gasto a la OTAN, continúan con el ritmo actual, la UE acelerará su militarización. De hecho, ya lo está haciendo, sobre todo en la militarización de las fuerzas represivas, de las policías. A otra escala, por ahora, China lleva su propia política de rearme, presionando fuertemente a Japón y los EEUU pero también a Rusia, que tiene muchas dificultades para mantener al menos lo más cualitativo y moderno de sus ya obsoletas y podridas fuerzas militares.

Pero esta característica, la militarización, no es “nueva”. En realidad, se trata de una constante del modo de producción capitalista, una innegable tendencia ascendente que sufre determinadas ralentizaciones según las circunstancias concretas. Pero desde que se constituyó el matrimonio burguesía-pólvora, y desde que este matrimonio primero pactó con el absolutismo y luego empezó a atacarlo, desde entonces, la militarización ha ido unida a las grandes transformaciones de y en las fuerzas productivas burguesas. La agresión genocida a Iraq y la gran cantidad de conflictos de media y baja intensidad que el imperialismo ha provocado y mantenido en los últimos años, deben inscribirse en una nueva aceleración de la tendencia militarista. La historia norteamericana es un ejemplo constante de los saltos sucesivos en la militarización, y también la japonesa y la europea. Sin embargo, esta tendencia, como todas, sólo se

puede comprender en su verdadera función en el capitalismo si se la inscribe dentro de la totalidad del movimiento de las contradicciones del sistema. Sin ir muy lejos, en Europa mismo, la militarización debe ser analizada como una parte más --importante pero parte-- de un conjunto de problemas "nuevos" que no podemos olvidar.

Por citar solamente algunos de ellos, los más recientes, la negativa de los Estados francés, alemán y belga, celosos defensores de sus intereses expansionistas particulares, a apoyar por ahora a los EEUU en su agresión a Iraq y las consecuencias que eso acarrea para la OTAN y otros instrumentos históricos del imperialismo; las crecientes tensiones entre la UE y los EEUU por cuestiones económicas y de control de mercados, como se ha visto en el reciente fracaso de la OMC sobre los aranceles agrícolas; la expansión de la UE al Este europeo; la "superioridad" actual del euro sobre dólar y la agravación de la crisis económica europea y mundial; el proceso de elaboración de la Carta Constitucional de la UE; las discusiones en el Reino Unido sobre integrarse plenamente en la UE; el creciente desencanto de las masas europeas hacia el proceso actual y la manipulación propagandística de las masas del Este para que acepten los tremendos costos de su "integración en Europa"; el endurecimiento imparable de sus políticas sociales, antipopulares y proburguesas; el aumento de las tensiones sociales y, a la vez, la propagación interesada del racismo y conservadurismo; el aumento en cantidad y calidad del activismo y de los grupos reivindicativos de todo tipo y el consiguiente aumento del control, vigilancia y represión policiales en un marco de endurecimiento legal...

Estas y otras "novedades" que se están acelerando desde finales del siglo XX y comienzos del XXI, nos exigen un análisis clarificador y crítico. Veremos que lo que aparenta ser un proceso muy complejo y difícil de entender es, empero, simple en su funcionamiento interno y muy fácil de comprender porque se reduce a la evolución de las contradicciones y características del capitalismo en tres de sus formas clásicas: la concentración y centralización de capitales; la mundialización del mercado y de las fuerzas productivas a escala planetaria y, el periódico cambio tenso y hasta violento en la jerarquía de poder mundial y/o regional, lo que facilita el funcionamiento capitalista pero, a la vez, aumenta los choques entre las potencias burguesas más importantes. Pero nada de esto puede mantenerse mucho tiempo si no se sustenta sobre la explotación, opresión y dominación de las mujeres, de las naciones oprimidas y de las clases trabajadoras.

2. EL PROBLEMA DE LAS TENDENCIAS EN EL CAPITALISMO

Hablamos de tendencias porque son procesos que dependen de varios factores para que se realicen, no son, por tanto, determinaciones teleológicas, engeguicadas fuerzas mecánicas que van a suceder indefectiblemente, automáticamente. Son tendencias que resultan triunfantes, si resultan, tras el choque más o menos tenso y prolongado de contradicciones objetivas y subjetivas, una interacción de presiones a favor y en contra que influyen en el resultado dependiendo de diversos factores, entre los que destacan las resistencias de los pueblos trabajadores y la obcecación de los poderosos para imponer sus intereses. Estamos hablando de la lucha de clases en su sentido estricto, es decir, de la lucha entre el Capital como conjunto de relaciones sociales que gira alrededor de la acumulación ampliada y el Trabajo, como humanidad trabajadora. Humanidad explotada económicamente, oprimida políticamente y dominada cultural e ideológicamente para que produzca el beneficio, la plusvalía, que el Capital necesita para expandirse. Como veremos en su momento, al criticar la teoría burguesa de la "sociedad civil", dentro del Trabajo intervienen activamente las realidades de explotación de sexo-género y de opresión nacional.

Pues bien, las tendencias son las vías y perspectivas de evolución material de las contradicciones existentes entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción. Su comprensión teórica y la capacidad para intervenir dentro de ellas, requieren de un mínimo conocimiento práctico del materialismo histórico en lo que concierne a la línea que va de la ley del mínimo esfuerzo, a la ley de la productividad del trabajo, para acabar dentro del capitalismo y parcial y decrecientemente durante el socialismo, de la ley del valor-trabajo. Simultáneamente, requiere de un mínimo conocimiento práctico de las categorías y leyes del materialismo dialéctico, especialmente del concepto de totalidad concreta e interacción entre lo objetivo y lo subjetivo, lo exterior y lo interior, lo exógeno y lo endógeno, etc., a y de cada problema y realidad. El problema gordo, práctico, surge cuando hay que relacionar la evolución estrictamente económica, siempre dentro de la totalidad concreta, con la evolución social, política, cultural, ideológica, etc.; es decir, cuando hay que relacionar la marcha económica con la lucha social, sobre todo con las luchas de liberación nacional porque estas integran todas las formas de las demás luchas parciales. Para lograr a la ensambladura de estas fuerzas siempre en movimiento es necesario un conocimiento suficiente de los problemas reales y, sobre todo, pisar suelo.

Por poner un ejemplo muy actual de la importancia del dominio de la teoría marxista de las tendencias, tenemos el debate sobre las ondas de crisis cortas y largas del capitalismo. Desde que existen datos fiables desde mediados del siglo XIX, sino antes, se producen pequeñas crisis cíclicas con una periodicidad de entre 7 y 10 años, según los casos. Estas crisis cíclicas corresponden a la marcha interna de las economías. Pero también se dan crisis más largas, ondas o fases expansivas y/o depresivas que duran entre 40 y/o 50 años considerando sus fases de auge y caída. Actualmente se discute mucho sobre estas fases históricas largas, y cada vez son más los especialistas que aceptan su existencia, demostrada con más datos cada día que pasa.

La discusión actual más decisiva concierne a si el capitalismo obtendrá fuerzas suficientes para salir de la larga onda depresiva que sufre desde comienzos de los '70. Algunos sostienen que puede salir sencillamente impulsando medidas de explotación feroz; otros dicen con toda la razón esas medidas deben ser muy feroces porque esta crisis larga es especialmente dura ya que hay que sumarle la crisis ecológica mundial, que aumenta los costos globales a corto, medio y largo plazo. Tampoco faltan quienes añaden otro problema de fondo que nunca antes había llegado al nivel actual, como es el problema de la enorme sobreproducción, es decir, que el capitalismo lanza al mercado mucho más de lo que este puede consumir y, además, funcionando aproximadamente a dos terceras partes, o menos, de su capacidad productiva total. También están los que añaden que la burguesía, visto lo visto, no invierte en la producción material de bienes de producción, sino en la especulación de alto riesgo o inmobiliaria, la llamada "economía criminal" --el capitalismo es de suyo y por esencia, éticamente criminal--, sumergida y/o negra, acelerando la espiral improductiva del sistema.

Al margen de mayores precisiones, estas y otras aproximaciones parciales a la crisis del capitalismo nos confirman la capacidad integradora e incluyente del marxismo para elaborar una teoría que conjugue los efectos negativos de la sobreacumulación de capitales al no invertirse lo suficiente; del infraconsumo de las masas al no poder responder al encarecimiento de las mercancías; de la baja de la tasa de beneficio de la burguesía al dispararse los costos del capital fijo y decrecer los del capital variable, y de la desproporción entre el sector primario o de producción de bienes de producción y del sector secundario, o de producción de bienes de consumo. De este modo se llega, como en la actualidad, a un excedente creciente de capitales improductivos y de masas de mercancías que no encuentra salida ni en unas fuerzas productivas infrautilizadas, ni en un mercado mundial saturado pese a todos los esfuerzos titánicos de racionalización por parte de los Estados y de las instituciones burguesas, todo ello en un proceso celérico de agotamiento de recursos, catástrofe medioambiental y empeoramiento objetivo de las condiciones de vida de la humanidad. Pero es que el capitalismo es globalmente irracional y parcialmente racional. Las crisis profundas como la actual reflejan la supremacía absoluta de la irracionalidad global del sistema sobre la racionalidad parcial y minoritaria de algunas de sus partes.

Naturalmente, estas leyes de evolución del Capital, pueden ser relativas, parciales y transitoriamente manipuladas por la intervención de los poderes burgueses. Para eso existen los Estados y, cada vez más, otras instituciones internacionales capitalistas, públicas, privadas y hasta secretas y desconocidas, que han ido surgiendo para responder a la mundialización productiva y del mercado y a los crecientes problemas del imperialismo. Pero han aparecido siempre por detrás de estos cambios. Además de tales organismos, también hay que tener en cuenta que el modo de producción capitalista no es químicamente puro, y en la realidad aparece fuertemente determinado por los contextos históricos, nacionales, sociales y geográficos, de modo que una cosa es el capitalismo japonés, otra el norteamericano y otra el alemán, por citar los tres ejemplos más notorios. No hace falta decir que la evolución de cada uno de esos capitalismo en los '90 así lo indica, pues mientras los EEUU, como hemos dicho, ha gozado de una expansión cíclica clásica debido a su poder imperialista, Japón ha sufrido una larga depresión con sucesivas recesiones y Alemania un estancamiento. Es decir, existe una diacronía de las crisis o fases locales que tiende a la sincronía del sistema. Las crisis estructurales del capitalismo estallan cuando esa sincronía se ha impuesto como la tendencia dominante sobre las diacronías parciales, que han caído hasta ser tendencias muy débiles y supeditadas a la totalidad concreta del sistema, que impone su tendencia fuerte.

Ahora bien, siempre el intervencionismo del Capital choca con una resistencia del Trabajo más o menos consciente, organizada o espontánea, abierta y exterior o latente y subterránea. Es la lucha de clases en el sentido estricto al que nos hemos referido arriba. Siempre existe una tenue y hasta imperceptible resistencia del Trabajo, sea limitadamente economista, sea defensivamente sabotadora en los momentos de represión y dictadura. Cuando el Trabajo es sometido a tales controles y castigos es también una tendencia histórica el que algunos de miembros individuales respondan con resistencias como absentismo

laboral, baja productividad, indiferencia ante la calidad del trabajo, pequeños sabotajes y otros comportamientos que ralentizan de algún modo el circuito entero de realización del beneficio. La burguesía siempre ha sido sabedora de esta incipiente tendencia histórica, y prácticamente desde sus orígenes se ha dividido en dos posturas diferentes para resolver el problema antes de que esa tendencia incipiente creciera dando forma a una poderosa lucha de clases. La postura dura y represora, y la postura reformista.

Según los capitalismo concretos, y según las fuerza del Trabajo en esos países e internacionalmente, ha triunfado una u otra corriente. El neoliberalismo y el neokeynesianismo blando que dicen algunos le va a reemplazar –cosa falsa-- se remontan de un modo u otro a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. De los resultados de estas particulares luchas de clases han dependido las decisiones socioeconómicas, políticas, patriarcales, culturales, nacionales, etc., posteriores, impulsoras de tal o cual línea --dura o menos dura-- de salida de la crisis del capitalismo concreto. Cuando la crisis es más amplia, es regional, el problema se complejiza más, y es cuando el Capital se enfrenta a una crisis estructural, como la que estalló a finales de los '60 del siglo XX, cuando las soluciones tienen que ser mundiales. La contraofensiva neoliberal de comienzos de los '80, ya apuntada con las medidas de mediados de los '70, expresan la victoria de la burguesía más feroz, que aglutinó a su alrededor a las otras fracciones, imponiendo una estrategia única de salida a la crisis. Dejando ahora de lado la implosión de la URSS, este cúmulo de factores que muestran la virulencia de la lucha de clases a escala mundial, actuó dialécticamente dentro de la propia evolución económica, condicionando todo el final del siglo XX y comienzos del XXI. De este modo vemos, por un lado, cómo la lucha de clases es un componente interno a la totalidad concreta del capitalismo y cómo, por otro lado, sus tendencias internas siguen operando en lo esencial a pesar de los cambios de forma y de apariencia externa hasta llegar a generar otra agudización de la crisis, como en la actualidad.

La razón del sistemático endurecimiento y empeoramiento social hay que buscarla en la gravedad de la prolongada crisis que debilita al capitalismo mundial y que, con altibajos y vaivenes de recuperaciones transitorias y no definitivas, se mantiene desde finales de los '60 del siglo XX, como hemos dicho. Desde comienzos de este siglo XXI, la crisis se ha agudizado al extremo afectando a la totalidad del planeta, con excepción relativa de China, por ahora. Su gravedad actual ha superado al momento inicial de 1968-73, y se asemeja en cuestiones preocupantes a la crisis desoladora de 1929-33, lo que teniendo en cuenta las mejoras en las políticas anticrisis y la multiplicación del intervencionismo estatal, nos da una idea de lo que sucede. En este contexto estructural, los EEUU redoblan sus esfuerzos imperialistas también a costa de la UE, como se demuestra en la agresión a Iraq que, entre otros efectos, busca también el debilitamiento energético de la UE. No es sorprendente, por tanto, la reacción del eje Berlín-París, de Bélgica y en general, aunque no lo digan, de otras burguesías europeas, que no se preocupan por el pueblo iraquí, que les trae sin cuidado, sino por sus beneficios. Tampoco la es la de Rusia y China, esencialmente afectadas por la conquista militar del Oriente Medio y Asia Central por los EEUU. Pero la tensión entre los EEUU y la UE viene creciendo desde hace varios años y tiende a agudizarse por las dificultades del capitalismo mundial para salir del atolladero. La UE utiliza la tensión con los EEUU para aumentar la docilidad y pasividad de la población, buscando su colaboración para aumentar su legitimidad y beneficios.

Una vez más, somos las naciones oprimidas las que nos encontramos totalmente inertes en medio de las fricciones interimperialistas. ¿Qué quiero decir con eso de una vez más? Pues que no es la primera vez que se produce esta situación y no será tampoco la última, a no ser que lo impidamos. La historia del capitalismo es, en una primera fase, la de impulsar la emancipación de las naciones oprimidas dirigidas por sus burguesías democráticas, pero, en una segunda fase, la traición de las burguesías llamadas nacionales y su opción por apoyar directa o indirectamente al ocupante, en la mayoría de los casos. La razón básica es el interés de clase, y una de las formas con la que se presenta ese interés es la de cooptar a la participación parcial y secundaria en la descentralización administrativa del Estado opresor, operación que le remodela y adapta para nuevas necesidades e integra a la burguesía de la nación oprimida. Pero este pueblo sigue siendo oprimido y careciendo de Estado propio que le garantice la representatividad internacional imprescindible para defender sus intereses, que siempre estarán supeditados a los de la nación dominante. Llegamos así al problema teórico de la naturaleza de los Estados según a qué clases y naciones --oprimidas u opresoras-- correspondan y los movimientos lentos o bruscos de los Estados burgueses, sobre todo los que oprimen a otros pueblos, a adaptarse a los cambios capitalistas.

3. LAS TENDENCIAS DE “VUELTA AL ESTADO”

En realidad, el Estado nunca se ha ido del capitalismo y por tanto, no tiene sentido hablar de “vuelta al Estado”. Sin embargo, su uso en este texto es simplemente polémico, para criticar la propaganda burguesa y también las últimas modas de alguna intelectualidad izquierdosa consistente en decir que el Estado se ha ido, que la burguesía ha abandonado este vital instrumento, que el capitalismo ya no lo necesita porque ha creado otros instrumentos de administración, control y represión. La expresión “vuelta al Estado” viene de las diversas corrientes nekeynesianas burguesas y socialdemócratas, que tras la agudización de la crisis durante los '90 y sobre todo desde comienzos del siglo XXI, están presionando para que la clase dominante vuelva a intervenir en el control social público de los efectos de la explotación, no para avanzar hacia una sociedad menos injusta, sino para cortar de raíz la tendencia expansiva de la nueva oleada de lucha iniciada en la primera mitad de los '90. La “vuelta al Estado” busca recomponer los medios de contención, control y consenso social interclasista, a la vez que, en la realidad de base, también se multiplican y modernizan las fuerzas represivas. Esta opción reformista, que no impide el empeoramiento de las condiciones sociales, se presenta como el punto medio racional, civilizado y pacífico colocado entre dos extremos, el ultraconservador y el revolucionario. Juega con una ventaja manifiesta, que no es otra que el desprestigio creciente del neoliberalismo y la vacuidad de algunas tesis intelectualistas de izquierda.

En efecto, uno de los grandes mitos propagandísticos de la burguesía durante los años '90 ha sido afirmar que los Estados tienden a desaparecer, tienden a ser suplantados bien por un supuesto “gobierno mundial” que sería la ONU y otras instituciones internacionales, bien una especie de alianza de corporaciones transnacionales que desde las sombras dirijan a los gobiernos peleles y a los Estados debilitados y condenados a simples fuerzas de orden y represivas en sus antiguas áreas de poder, bien una inexistente e imposible “sociedad civil mundial”. Esta propaganda dispone de tantas variantes como sea necesario para ocultar el impresionante papel interventor del Estado burgués en la vida socioeconómica, política y cultural desde siempre, pero sobre todo desde 1945/48 y especialmente desde mediados de los '80 del siglo XX. Una obsesión de la contraofensiva capitalista es multiplicar el intervencionismo descarado, notorio y público en beneficio de la alta burguesía y después, en cascada cada vez más débil, de la mediana y pequeña burguesía, y abiertamente en contra del pueblo trabajador, de la inmensa mayoría de la población, como veremos al criticar la ideología de la “sociedad civil” y de la “ciudadanía”.

También desde una izquierda emblandecida y muy abstracta en sus teorías estratosféricas, se sostiene que los Estados burgueses han entrado en extinción sustituidos bien por el famoso “imperio” de las grandes corporaciones transnacionales, que no sería otra cosa que una copia de los EEUU pero a una escala superior y más globalizada; bien por el superimperialismo estadounidense que desde el reaganismo ha ido arrinconando a la Unión Europea y a Japón hasta llegar a dominar unilateralmente el mundo. Aunque hay diferencias entre ambas tesis, las dos nos recuerdan la vieja tesis de comienzos del siglo XX sobre el superimperialismo que fue combatida directamente por los marxistas de la época. De una u otra forma, las tendencias teóricas y políticas que han sostenido esa tesis, con sus matizaciones que no podemos detallar, han derivado hacia alguna forma de reformismo. Y, por no extendernos, también existe una “teoría” que sostiene que el movimiento obrero puede y deber emanciparse del capitalismo sin tomar el poder político, sin expropiar a la burguesía de algunas partes cruciales del aparato de poder estatal y bajo el control revolucionario volverlas contra el capitalismo; sin crear una poder popular cualitativamente diferente al burgués que tienda conscientemente a su autoextinción. Es tal el idealismo y el fracaso histórico de esta tesis que no vamos a perder un segundo en refutarla.

Los dos grandes bloques argumentativos según los cuales el Estado ha dejado de ser fundamental para el capitalismo, se caracterizan por un desprecio absoluto de la realidad concreta y material de lo que es la explotación, la opresión y la dominación del Capital sobre el Trabajo, y de las formas organizativas particulares con las que se presentan estas fuerzas en los capitalismo concretos. No es casualidad, en modo alguno, que ambos bloques también coincidan en menospreciar o negar la existencia de la clase trabajadora y de sus niveles y fracciones retrocediendo al uso de abstracciones ideológicas como la de “sociedad civil”, “sujetos sociales”, “multitud” y otras. Mientras que el marxismo ha sostenido ya analizado desde su mismo origen en los años '40 del siglo XIX que la clase obrera existe como unidad asalariada pero siempre bajo muchas formas concretas y particulares de expresión causadas por las diversas formas de explotación de la fuerza de trabajo asalariada, por el contrario, ambos bloques retroceden a concepciones incluso presocialistas. Ahora no podemos desarrollar más esta crítica. Pero sí debemos ceñirnos a sus coincidencias en la minusvaloración del papel del Estado y, más aún, sobre su reforzamiento.

En la situación actual del capitalismo, minusvalorar o negar la importancia del Estado conlleva un reforzamiento del poder de manipulación de la clase dominante, concederle una impresionante capacidad de decisión al margen de cualquier crítica revolucionaria y, sobre todo, llevar al movimiento revolucionario a un callejón sin salida. Imaginemos por un instante que el Estado ya no tiene el papel que tuvo en otras fases del sistema. ¿Cómo comprender entonces lo que está sucediendo en todo el planeta? A simple vista, parece que la economía yanqui es todopoderosa, pero sufre de serias limitaciones internas que no podemos exponer aquí. Un ejemplo de su gravedad lo tenemos en la larga lista de intervencionismo keynesiano-militar, tecnológico y recientemente de puro proteccionismo en todos los problemas, desde la agricultura hasta la metalurgia. Una de las economías más protegidas estatalmente del mundo es precisamente la de los EEUU, y las recientes medidas de Bush la refuerzan. Por tanto, esta es otra confirmación práctica de la tendencia en aumento, el proteccionismo, la “vuelta al Estado” a la economía y a la totalidad del sistema social. Tendencia que también se produce en Europa como UE y en Europa como Estados con relativa capacidad de intervención en sus territorios. Pero estas disputas no deben hacernos perder de vista que la UE es, además de la construcción capitalista de Europa, como veremos luego, también el esfuerzo de los Estados europeos para adecuar y modernizar sus estructuras y, así, adaptarse a los cambios y prolongar junto con su existencia, además de la explotación de clase y de sexo-género, la nacional. Los grandes Estados burgueses que oprimen a otros pueblos no van a dejar de hacerlo, y menos aún van a autoinmolarse.

Interesa adelantar que la futura constitución europea se sostiene sobre los Estados actuales y a lo sumo admite una muy vigilada y débil descentralización administrativa en la marcha de los pequeños negocios de las medianas burguesías regionales situadas entre varios Estados. Las famosas eurorregiones no son sino estas zonas capitalistas a caballo entre dos o más Estados quienes con las nuevas telecomunicaciones controlan al segundo la situación de sus intereses en esas áreas, y la dócil fidelidad de las burguesías regionales garantiza el orden. Es verdad que los Estados cambian y se adaptan, pero siempre buscando mejorar sus recursos de dominación interna y externa. La UE, la mundialización capitalista y la agudización de las fricciones interimperialistas, han acelerado y forzado los cambios estatales pero las burguesías dominantes responden ampliando sus nuevos medios de poder moderno para compensar la cesión o pérdida de soberanía en cuestiones ya obsoletas, superadas por el capitalismo. Todo Estado cambia lenta e imperceptiblemente en los tiempos normales, y rápida y ostensiblemente en los tiempos de crisis. Pero esos cambios, si no son impedidos por las naciones oprimidas, terminan reforzando al Estado y a su dominación. La UE es para los Estados español y francés, con sus diferencias, la mejor manera disponible para salir fortalecidos de la crisis actual.

Simultáneamente, esta aparente “vuelta al Estado” se refuerza fuera de Europa y de los EEUU. Por ejemplo, en Japón es desesperada y lleva aplicándose durante decenas de años, aunque en los últimos 12 o 14 es más sistemática. ¿Y que decir de China, y de los “tigres asiáticos, que no hubieran logrado el avance de entre mediados de los '80 hasta 1997 sin esa intervención, y que hubieran sufrido una crisis aún más devastadora que la sufrida de no ser por el masivo intervencionismo estatal para paliarla en lo posible? Pero en donde es palpable, dejando de lado el Este europeo, es la pugna proestatalista en Iberoamérica, bien desde una política reformista y de centro-izquierda, como la de Brasil, Venezuela y ¿tal vez? Ecuador, bien desde las presiones obreras y populares en ascenso como en Argentina, Perú, Colombia, Costa Rica, Uruguay, Bolivia, Guatemala, etc. Los pueblos trabajadores de estas amplias zonas están dando pasos importantes en la crítica material de las aberraciones del “abandono del Estado” por parte de las burguesías. Como hemos dicho antes, el “abandono del Estado” no es otra cosa que la privatización en beneficio de la clase dominante del grueso de los servicios sociales y públicos, etc., que el pueblo trabajador había logrado e impuesto a la burguesía con sus luchas reivindicativas.

Pero la tendencia de la supuesta “vuelta al Estado” se realizará dentro de otra tendencia típica de la actual fase del capitalismo en crisis, cual es la de la financierización, la primacía dada al capital financiero para suplir con sus ganancias la debilidad de las ganancias que se obtienen del capital industria. La tendencia a la financierización, se mantendrá en la medida en que el capitalismo no genere una revolución industrial y otras medias especiales que garanticen una nueva fase larga de acumulación y aumento sostenido de la tasa media de beneficios. El que la supremacía del capital financiero sea común en todas las grandes crisis históricas del capitalismo desde que este modo de producción comenzó a dominar económicamente en las ciudades del norte italiano en los siglos XV-XVI, y haya sido a la vez una clara advertencia de la gravedad de la situación; , esta constante que en cada crisis histórica vuelve a confirmar la dialéctica de lo nuevo, lo viejo y lo permanente en el capitalismo, y el lugar de las tendencias en su interior. Lo que ocurre en la actualidad es que se ha hiperdesarrollado todos los componentes negativos del sistema, lo que le obliga a potenciar la financierización con más impulso que otras veces. El ejemplo e

los EEUU es paradigmático, ya que fueron ellos quienes aprovechándose de su poder forzaron desde mediados de los '80 la supremacía del capital financiero para recuperar la ventaja perdida desde finales de los '60. Incluso en esta cuestión se demuestra que no existe ninguna tendencia capitalista que pueda ser separar de las contradicciones de la totalidad concreta del sistema.

Tales cambios fortalecen la tendencia a la reorganización, centralización y concentración de los Estados capitalistas en áreas regionales más amplias que las anteriores. Se trata de un proceso de adecuación de la forma-Estado a las exigencias impuestas por la mundialización objetiva e imparable del capitalismo, adecuación periódica en la historia desde el siglo XVI-XVII, pero que en la actual fase de crisis larga tiene, por un lado, dificultades propias; pero, por otro lado, tiene necesidades superiores a las de fases anteriores porque ha aumentado el roce entre los Estados en su forma vieja y los impulsos a la financierización transnacional. Esta tendencia, aunque no antagónica con la unidad imperialista bajo el mandato de un Estado fuerte --los EEUU en la actualidad-- permite entender problemas secundarios pero importantes, problemas que irán en ascenso. Todas estas tendencias facilitarían las luchas de clase, de género y nacionales, sus resistencias, e incluso algunos tímidos y timoratos gestos de muy contadas medianas burguesías nacionales ante el imperialismo, presionadas por las masas populares, pero negándose a dirigir grandes luchas antiimperialistas, buscando salidas negociadas y falsas. Solamente en casos en los que el choque sea civilizacional y a la vez con Estados con fuerte historial y riquezas codiciadas por el imperialismo, como tal vez en Iraq, etc, puede llegarse a guerras de resistencia antiimperialista en las que las capas dirigentes encabezen esas luchas precisamente porque sus ataduras burguesas son muy débiles o inexistentes.

Los efectos de las luchas nacionales facilitarían la tendencia al endurecimiento de las luchas sociales, en toda su gama, dentro del centro imperialista. De hecho, estas luchas empezaron a recuperarse y a explorar nuevas formas y a realizarse con “nuevos” sujetos --nuevas formas de la clase trabajadora en cuanto tal-- ya desde la mitad del los '90 en Europa, y en los EEUU desde 1992, por ejemplo. Para detener esta tendencia, el sistema apenas tiene otros recursos que la represión, porque la capacidad de conceder mejoras sociales e incluso mantener las actuales, es cada vez más limitada por la crisis económica. Esta situación pone en un muy serio brete al reformismo y al sindicalismo amarillo, que va perdiendo espacio --lo empezó a perder al hundirse la URSS-- y debe buscar otras promesas tras certificar el fracaso de la “tercer vía”. La tendencia represiva viene impulsada, además, por la propia crisis de orden social que no solamente de orden político. En todo el capitalismo se asiste a una multiplicación de la llamada “delincuencia social” debido al celérico empeoramiento de las condiciones de vida y trabajo, a los cambios familiares y sexuales causados por las transformaciones en los sistemas de explotación de la fuerza de trabajo y de por la reordenación del espacio productivo. Los cambios sexuales y familiares, de una hondura de la que todavía no somos plenamente conscientes, en sí mismo son otra tendencia a tener en cuenta por su gran importancia específica unida a la tendencia al aumento de la conciencia feminista y, por tanto, a la reacción en su contra del poder y de la violencia patriarcal.

Semejante empeoramiento también afecta a la estructura psíquica y somática de las masas trabajadoras, que ven cómo su felicidad relativa alcanzada durante pocos años en el supuesto “Estado del bienestar” en el capitalismo desarrollado, se está disolviendo rápidamente. Por doquier, el malestar psicossomático alcanza proporciones cada vez más alarmantes y adquiere tantas formas de expresión como formas crecientes de explotación y alienación particular impone el capitalismo, por no hablar de la trágica situación en el llamado “mundo subdesarrollado”. La tendencia al endurecimiento y ampliación de los poderes controladores e intimidadores, amen de represivos, del Estado adaptado a las nuevas necesidades del Capital, y la tendencia a la mercantilización total de la existencia humana, que transforma la vida y la afectividad en un simple valor de cambio, en una mercancía más, ambas tendencias, inseparables de la financierización, son corresponsables de esa quiebra emocional y física. Decimos corresponsables porque actúan al unísono con la generalización de la plusvalía relativa y absoluta.

La práctica militante revolucionaria no puede cerrar los ojos a estas realidades emergentes, tan feroces y tan manipulables por la demagogia burguesa, con sus especialistas dedicados a tiempo total a ello. Siendo cierto que, a grandes rasgos, cada fase de crisis estructural del capitalismo conlleva al poco tiempo una crisis de la estructura psíquica de las masas trabajadoras, atada a las viejas formas que han entrado en quiebra e incapaz todavía de racionalizar las novedades, no es menos cierto que en la actualidad la crisis es especialmente grave. La razón hay que buscarla en que el capitalismo va introduciendo rápidamente toda la cualidad humana en su pleno sentido radical, es decir, aptitudes creativas y críticas todavía no descalificadas, no cuantificadas como meros valores de cambio, simples mercancías despersonalizadas que se desintegran en el proceso de valoración del Capital. Frente a esta tendencia arrasadora, de nada

sirve la palabrería sobre la “sociedad civil”, la “multitud”, la “espontaneidad creadora de emancipación” y un largo etcétera, porque dicha tendencia es incomprensible y, por tanto, intocable si se olvidan dos cosas fundamentales: que el Estado interviene activamente impulsando el empeoramiento, y que el objetivo es romper definitivamente la centralidad política --en el sentido marxista de política-- del Trabajo.

4. LA UNION EUROPEA COMO EJEMPLO DE EVOLUCIÓN TENDENCIAL

Si hay un ejemplo que valga para facilitar la comprensión de la evolución de las tendencias capitalistas, ese es el de la creación capitalista de la Unión Europea. Podríamos poner también la estrategia norteamericana para canibalizar a Iberoamérica con los proyectos que van desde el TLC con México y Centroamérica, el Plan Colombia en cuanto paradigma político-militar y económico, el ALCA, los intentos de recomponer y reactualizar el Plan Cóndor, etc. A otra escala, también tenemos el actualmente zarandeado proyecto japonés de expansionismo en Asia. Aunque existen diferencias y similitudes entre los tres procesos de recomposición de los bloques imperialistas, pensamos que el que para nosotros, es el caso europeo el más ilustrativo, además de ser el que nos afecta directa y primordialmente. Sorprende, en contra de esta lógica, que el grueso del debate sobre el contexto capitalista y sus tendencias, y el papel de los múltiples Foros en la lucha anticapitalista, apenas hincan el diente de la crítica a este proceso realmente decisivo.

No es verdad que la llamada "construcción europea" sea el resultado de una larga y antigua tendencia que nos remite al Imperio romano e incluso a la Grecia clásica, que ha ido reapareciendo a lo largo de los siglos, hasta concretarse de manera irrevocable a finales de los años '50 del siglo XX. Aun siendo cierto que ya a finales del siglo XV aparecen algunas ideas individuales sobre lo que entonces se podía entender por Europa --algo totalmente diferente a lo actual--, y aunque es también cierto que conforme crece la economía capitalista y su ideología burguesa correspondiente, estas ideas individuales van reforzándose un poco más, siendo esto cierto, sin embargo, el impulso decisivo proviene de las contradicciones y luchas entre las diversas burguesías europeas desde finales del siglo XVI en adelante y, desde mediados del siglo XX, también de los intereses específicos del imperialismo yanqui en pugna, primero, con la URSS, y después, desde comienzos de los años '90 del siglo XX, con Alemania. Los pueblos afectados, las clases trabajadoras y menos aun las mujeres y las naciones oprimidas dentro de Europa, como Euskal Herria y otras, no han contado nada en este proceso, sino solamente como carne de cañón y fuerza de trabajo para sacrificar y explotar en defensa de los intereses de las burguesías enfrentadas.

La actual "construcción" es un paso más, el cuarto, para ser exactos, en el proceso iniciado hacia finales del siglo XVI cuando, además de otros conflictos, la entonces potencia burguesa dominante, los Países Bajos, sostuvo una larga y feroz guerra de liberación nacional burguesa contra el imperio español, logrando la victoria. El Tratado de Wetsfalia de 1648 confirmó la derrota española y el inicio de la primera etapa de la construcción capitalista europea. La segunda etapa culminó con la victoria del Reino Unido sobre el Estado francés --antes había vencido a los Países Bajos-- a lo largo de sucesivas guerras verdaderamente mundiales, de modo que con el Congreso de Viena de 1815 se impuso el poder económico británico sobre Europa. Segunda etapa que empezó a agotarse a finales del siglo XIX y comienzos del XX por el auge del imperialismo alemán, abriendo otra época de guerras mundiales, las de 1914-18 y 1939-45, que concluyó con la victoria de la URSS y de los EEUU. Comienza aquí, en 1945, la tercera fase de la construcción capitalista europea cuando los EEUU exigen a las muy debilitadas y desprestigiadas burguesías europeas --por su colaboración con el nazismo-- que acepten: uno, la "protección" militar yanqui para defenderlas de la URSS; dos, su dominación económica directa y política indirecta; tres, controlar y reprimir a las izquierdas revolucionarias y, cuatro, sacrificar sus dominios imperiales en beneficio del imperialismo yanqui. Con menos protestas de lo esperado, todas cumplen las exigencias norteamericanas.

Desde finales de los años '60 y sobre todo desde 1975, esta tercera etapa empieza a debilitarse tanto por la crisis económica mundial --la Gran Crisis que pese a sus altibajos todavía dura-- como por la debilidad relativa de los EEUU y la recuperación de Alemania y Japón. Pero, además de lo anterior, es la crisis e implosión de la URSS entre finales de los '80 y comienzos de los '90 la que acelera la cuarta etapa de la construcción capitalista europea, la actual UE, que tiene su punto álgido en el Tratado de Maastricht. Alemania, ya reunificada, con un poder económico y político creciente, aparece ahora como la potencia dominante en Europa. Ha perdido las dos últimas guerras mundiales, pero resurge como el polo decisivo del capitalismo europeo alrededor del cual bien pronto giraran el resto de Estados del viejo continente. Desde mediados de los '90, el capitalismo francés va girando cada vez más alrededor de Berlín, y para salvar el honor del patrioterismo galo, a comienzos del siglo XXI se habla de un eje Berlín-París cuyo

polo fuerte es Berlín. Históricamente, estamos ante la cuarta reordenación de la jerarquía imperialista dentro de Europa. Hasta la tercera, la de 1945, las atroces guerras fueron los instrumentos decisivos para imponer con relativa rapidez una nueva hegemonía capitalista que ordenara la vida europea siguiendo las pautas de la burguesía dominante: la holandesa que había triunfado sobre el imperio español; la británica que había triunfado sobre la holandesa y la francesa, y la norteamericana que había triunfado sobre la alemana.

La cuarta y actual etapa se caracteriza porque la guerra no puede representar el crucial papel que ha jugado en las tres anteriores. La razón hay que buscarla no tanto en la superioridad norteamericana, que también, sino sobre todo en la creciente interrelación y hasta fusión de grandes corporaciones transnacionales a escala mundial --mundialización más que globalización-- por encima incluso de los tres grandes bloques imperialistas como son EEUU, Euroalemania y Japón. Además de otras razones secundarias, es esta mundialización de cada vez mayores empresas, que, sin embargo, siguen unidas a algunos o a los tres bloques imperialistas, la que imposibilita una nueva guerra interimperialista. Ello no es obstáculo para que los EEUU recurran cada vez más a guerras de mediana y baja intensidad también en Europa, como la de la exYugoslavia y los Balcanes, para minar y condicionar desde dentro el actual proceso europeo. Tampoco la mundialización obstaculiza que los EEUU hayan presionado muy fuertemente a la UE para que refuerce la OTAN y la expanda hacia el Este europeo, siempre bajo control yanqui. Ni que decir tiene que menos aun es un freno para que el imperialismo norteamericano esté tan interesado como el alemán en la neocolonización socioeconómica, política y cultural del Este europeo para aumentar sus peones fieles dentro de la UE, y moverlos contra el eje Berlín-París.

A su vez, la falta de existencia de una guerra europea ralentiza mucho la velocidad de instauración de la nueva hegemonía, permitiendo a los Estados más débiles presionar y hasta chantajear, cosa imposible en las tres etapas anteriores. No podemos minimizar y menos olvidar este factor histórico --la historia europea es incomprensible sin la guerra y sin las luchas sociales-- fundamental en el capitalismo europeo, factor hoy reducido a expresiones secundarias. Es así como se comprende que los Estados más poderosos, como el alemán, el francés y otros, tengan que recurrir a toda serie de presiones, chantajes, cambios y hasta cesiones a lo largo de varios años de reuniones secretas y de actos públicos para lograr salirse con la suya. Pero también estos grandes Estados han de poner de acuerdo a sus propias fracciones burguesas, desde la alta burguesía hasta la mediana, con sus diversos partidos. También los Estados secundarios deben lograr esa unidad interna, o lo que sucede más frecuentemente, han de disciplinar a la pequeña y mediana burguesía para que se supediten a los intereses de sus respectivas altas burguesías. Naturalmente, son las clases trabajadoras, los pueblos oprimidos y las mujeres, las que sufren las peores consecuencias. Que a medio y largo plazo, incluso a corto en las cuestiones fundamentales, se termina imponiendo la alta burguesía propietaria de las nuevas tecnologías, del capital financiero y de la parte más moderna del capital industrial, esto se constata a simple vista: desde 1957 en adelante, cuando se fundó la Europa del Carbón y del Acero, nunca hasta ahora ha fracasado un plan, una decisión, una medida en el proceso europeo, e incluso ha habido muy pocos, cortos e intranscendentes retrasos y cambios de forma en la aplicación práctica de las decisiones estratégicas previamente decididas y/o impuestas por la alta burguesía.

Pero estas contradicciones entre los grandes imperialismos, los Estados europeos y sus burguesías respectivas, son, sin embargo, disputas secundarias interesadamente agrandadas. Lo fundamental es su unidad de clase, su identidad esencial como imperialismos, Estados y fracciones de la burguesía que dependen del beneficio que extraen con la explotación de las masas, de su necesidad de multiplicar la explotación de las mujeres, naciones oprimidas y clases trabajadoras dentro de sus fronteras y a escala mundial para ampliar esos beneficios. La cuarta etapa en la construcción capitalista europea se apoya en una feroz estrategia contra las masas trabajadoras planificada en Maastricht. Unos le llaman neoliberalismo, pero es crudo y duro ataque capitalista contra las condiciones de vida y trabajo de la inmensa mayoría de la población, que está sufriendo un deterioro imparable en sus derechos, salarios, prestaciones sociales, condiciones de trabajo. Con la excusa de la competencia, de la crisis, de los mandatos de la UE, etc., los Estados europeos han descargado sobre las clases trabajadoras golpes muy duros. Y van a golpear todavía más como se demuestra en los planes ya decididos y en la reciente reunión de los jefes de gobierno de Alemania, Estado francés y Reino Unido. Los restantes seguirán su ejemplo e incluso lo ampliarán. Otro dato sobre la dureza de los ataques antipopulares que se avecinan es el proyecto de privatización de todos los servicios sociales y públicos que se está negociando en secreto bajo la vigilancia de la OMC y la presión de las grandes corporaciones mundiales. Podríamos seguir detallando los planes antipopulares conocidos e imaginando los desconocidos, los que se mantienen en secreto, pero nos llevarían demasiado tiempo.

Pero estos ataques no provienen sólo de las burguesías de los propios Estados sino que también de otros Estados europeos, es decir, la UE es también una jerarquía interestatal que permite a los más poderosos sacar más beneficio que los más débiles, por lo que las clases trabajadoras de los Estados secundarios se "sacrifican" más que las de los principales. El caso alemán es el mejor ejemplo. Aunque aporta más que nadie a la caja común europea, también su burguesía se beneficia en extremo como se ha demostrado con los costos de la reunificación, con una larga lista de leyes político-económicas que benefician a Alemania y, por no extendernos, con las ayudas a las recientes inundaciones que han asolado este país. Nunca hay que perder de vista que del mismo modo que la UE es una potencia imperialista a escala mundial, a escala interna, europea, también funciona la lógica imperialista de dominación entre Estados aunque menos acentuada. Precisamente, son estas pugnas las que explican que algunos Estados busquen cierta "protección" en el imperialismo yanqui para resistir al alemán y al francés. Este es el caso del Estado español, portugués, italiano, etc., y con algunas especificidades lógicas del inglés. También será el caso de Estados del Este europeo como Hungría y otros cuando sean absorbidos por la UE. No hace falta decir que los más aplastados e indefensos, los últimos en esta cadena de explotación interna en UE somos las naciones que no tenemos Estado propio, que padecemos explotación nacional y que carecemos de los mínimos recursos de presencia y negociación en la UE e internacionalmente.

El proceso de la UE acrecienta, por todo lo visto, la extrema importancia de las relaciones solidarias entre los pueblos europeos, y especialmente entre los oprimidos. Frente a la centralización y concentración de capitales, con sus efectos políticos inmediatos, los pueblos trabajadores debemos responder ampliando las relaciones, aumentando las redes de comunicación y fortaleciendo la solidaridad mutua. Y dentro de los pueblos, sus clases trabajadoras, sus mujeres, sus estudiantes, sus jóvenes en paro, sus colectivos y movimientos sociales y de ayuda mutua, sus prejubilados y jubilados que son convertidos en escoria, en deshechos, en fuerza de trabajo estrujada hasta el agotamiento y echada luego a la basura por inservible, sus emigrantes y minorías étnicas, etcétera. Cualquier práctica militante que quiera ser efectiva, que quiera aglutinar sectores combativos nuevos y ayudar a las autoorganización de las masas oprimidas, debe partir de estas realidades objetivas, de su complejidad y contradicciones; pero también de la sabiduría teórica consistente en captar la unidad interna que recorre a todas las expresiones del pueblo trabajador.

5. SOCIEDAD CIVIL, FOROS E INTERNACIONALISMO REVOLUCIONARIO

Comprender que la sociedad capitalista se mueve mediante el entrecruzamiento y choque de tendencias causadas por las contradicciones, tiene entre otras la ventaja de que valora en su justa importancia la praxis organizada. Mientras que la acción humana en general debe luchar contra las limitaciones objetivas preexistentes con más o menos capacidad de antelación, a la acción revolucionaria se le debe presuponer una superior capacidad de conocimiento teórico de las posibilidades internas a esas limitaciones, o sea, más anticipación asentada en el conocimiento de las contradicciones y limitaciones reales. Es esta capacidad de descubrir las posibilidades latentes que existen en las limitaciones, la que debe diferenciar a los revolucionarios de los reformistas, conformistas y reaccionarios. La praxis --dialéctica entre la acción y la teoría-- no es otra cosa que esa superioridad. Si bien es la práctica cotidiana la que confirma, corrige o niega esa capacidad, es en los momentos de crisis profunda, en las crisis de bifurcación y de emergencia de lo nuevo o de hundimiento en el caos, cuando es sometida a las pruebas decisivas. Ahora, desde mediados de los '90, vivimos una situación así.

Hemos visto en las paginas precedentes la lógica de las contradicciones y las tendencias en su devenir, dentro de las luchas sociales y las estrategias enfrentadas. Resultado de esa ebullición es el ascenso de la actual oleada de luchas y la proliferación como nunca antes en la historia del capitalismo de toda serie de reuniones, encuentros, foros y actos internacionales de contenido progresista, izquierdista y hasta revolucionario. Pero también, de los esfuerzos del reformismo por controlar la situación, frenar los riesgos y dirigir el potencial emancipador hacia un pantano. Una de las bazas del reformismo consiste en popularizar una terminología, unos conceptos y una forma de interpretar la realidad que impide descubrir su verdadera naturaleza. Así, cuando más necesario es disponer de una valoración lo más radical y crítica posible de la situación mundial, se cae en el extremo opuesto consistente en la terminología hueca, vacía, abstracta e inservible para, como hemos dicho antes, descubrir las potencialidades creadoras implícitas en la realidad y, gracias a ello, orientar sus tendencias en sentido revolucionario.

Desde la mitad de los '70 comenzó a popularizarse una terminología política que permitía al eurocomunismo, en sus varias tendencias, y a la socialdemocracia, dar una imagen de novedad política abierta a los cambios que habían aparecido a finales de los '60, mientras que en la práctica se plegaban

incondicionalmente a los intereses de la burguesía. El grueso de esa nueva palabrería giraba, básicamente, alrededor de la “sociedad civil” como nuevo escenario de intervención y a la vez nuevo bloque histórico de aglutinación de los “nuevos sujetos sociales” en su avance parlamentario hacia la conquista electoral de la democracia, siempre en abstracto. No podemos hacer una exposición de los antecedentes de esta corriente pero hay que tener en cuenta, como mínimo, dos condiciones previas. Una, el desprestigio del “marxismo stalinista” y la fuerza de las modas estructuralistas; y otra, la existencia anterior de corrientes reformistas sobre la “sociedad postindustrial”, la “muerte del proletariado”, la “desaparición de las clases” y la “extinción de las ideologías”, entre otras, corrientes que muchas veces tenían contactos ideológicos sospechosos con otros pensamientos burgueses más que venían a decir lo mismo.

Sobre esta base ideológica, los intelectuales del PCI y en menor medida de otros partidos, interpretaron parcial e interesadamente las ambigüedades de la teoría de Gramsci sobre la “sociedad civil”. Antes de explicar estas ambigüedades, hay que decir que fueron los ideólogos burgueses Locke y Rousseau los que generalizaron ese concepto para expresar la diferencia entre la sociedad tal cual ellos la entendían y vivían y la realidad natural entonces existente, los pueblos “salvajes” de otros continentes. Hegel rompe con esta visión positiva y presenta muy negativamente a la “sociedad civil”, como el mundo de competencia burguesa individual, de la lucha económica y del egoísmo aislado. Para Hegel, es el Estado la única institución que puede poner orden en el desorden de la “sociedad civil”. Marx utiliza esta visión hegeliana con añadidos propios solamente en sus primeras obras, antes de profundizar en la crítica radical de la economía política. Después, desde 1844 en adelante, la expresión “sociedad civil” desaparece literalmente no solo de su vocabulario sino sobre todo de su campo de preocupación intelectual. Tampoco está presente en la obra de Engels y de la práctica totalidad de los marxistas de la segunda generación, caracterizada por una impresionante creatividad teórico-crítica.

Gramsci, escribiendo en las condiciones de censura de la cárcel fascista, tuvo que hacer un juego de palabras para conjuntar su defensa ardorosa del consejismo obrero inicial, del que nunca renunció, con un estudio posterior más exhaustivo de la complejidad social italiana de la primera mitad los años '30. Gramsci establece unas relaciones complejas entre la “sociedad civil” y el Estado, separándose de la ideologías dominantes en la primera mitad de los '30 del siglo XX, el fascismo, el stalinismo y el Estado fuerte conservador. Ha vivido la era de las grandes revoluciones y contrarrevoluciones de 1917-33, cosa no vista por Hegel y Marx, aunque este ya elaboró lo esencial en su análisis sobre la Comuna de 1871. Pero no ha tenido la suerte de toda la corriente consejista y soviética, desde Lenin hasta Trotsky y otro muchos más, aunque si defendió a ultranza la democracia socialista del poder obrero en las luchas del norte de Italia. Por eso, la “sociedad civil” de Gramsci tiene de bueno que sigue la corriente marxista de autoorganización compleja y rica del Trabajo en todas sus formas de expresión, a la vez que avanza en el estudio de las relaciones entre el Estado y la sociedad en Italia; pero estas investigaciones aparecen muy separadas en su práctica anterior al encarcelamiento y sobre todo sin una ligazón clara con su consejismo revolucionario, a la vez que la necesidad de burlar la censura carcelaria le exige frecuentemente un lenguaje impreciso y alejado del rigor radical típico del lenguaje marxista. Esta segunda parte permitió a los intelectuales reformistas del PCI romper la unidad de la obra gramsciana, absolutizar la segunda parte y silenciar la primera, y sobre todo, quitarle todo el contenido revolucionario.

La “sociedad civil” del PCI de los '70 y '80, artificialmente montada para justificar su colaboración con la mafiosa democracia cristiana y aplastar al movimiento revolucionario, no tiene nada que ver con la de Gramsci, y menos aun con la línea de autoorganización e independencia de clase de las masas trabajadoras que defendió Gramsci junto con todos los marxistas. Sin embargo, fue la versión reformista la divulgada y oficializada por el reformismo. Conforme se disolvía la “izquierda” quedaba su ideología cada vez más integrada en una intelectualidad en rápido proceso de integración en el sistema. Junto a este proceso hay que tener en cuenta la popularidad de la “globalización” y de todas las disquisiciones sobre las nuevas tecnologías, el posmodernismo, etc.; de modo que tenemos ya el cuadro completo que explica cómo a finales de los '90 y comienzos del siglo XXI, este lenguaje aparecía como la única alternativa para decenas de miles de jóvenes cabreados con el sistema, pero también como la concepción teórico-política de un reformismo envalentonado por la debilidad de la izquierda revolucionaria.

Así, cuando más necesario es recuperar el método teórico-crítico, ampliarlo y enriquecerlo con los avances producidos de los años '30 a esta parte, precisamente ocurre lo contrario. Se retrocede a una interpretación que no se distancia en nada de la ideología burguesa del siglo XVIII, que presentaba a la “sociedad civil” como un dechado de virtudes, una unidad pétreo no minada por contradicciones internas y menos aun por una lucha contra la explotación capitalista. Incluso cuando la realidad es tan dramática, dura e insoportable a escala mundial como lo es actualmente, incluso entonces, la intelectualidad que no

tiene más remedio que reflejar la amplia gama de problemas e injusticias existentes, sin embargo, lo hace de tal modo que evita hablar de los lazos de explotación que recorren a todas esas injusticias. Esos lazos no son otros que los que surgen de la existencia del capitalismo, que varían en sus formas y colores, pero que internamente responden a la lógica implacable de este modo de producción. Una muestra patética de la vacuidad a la que nos referimos, la de los intelectuales ciegos ante la objetividad del monstruo imperialista, es el documento oficial del III Foro Social Mundial de Porto Alegre y, en general, de toda la nebulosa ideológica que gira alrededor de la “sociedad civil mundial”.

La crítica fundamental que desde las izquierdas se hacían con antelación al FSM afirmaba que iba a tratarse de un encuentro interesadamente devaluado desde dentro de su grupo dirigente para impedir que se materializara el contenido y el potencial que pudo haber tenido en sus inicios; que el grueso de su administración interna estaba y está en poder del reformismo blando o duro, que prohibió el año pasado la presencia de la izquierda revolucionaria y de los colectivos más luchadores; que ese mismo año convirtió el FSM en un acto de campaña electoral anticipada del PT brasileño para aumentar su reclamo electoral; que obstruyó el debate constructivo y crítico sobre el socialismo que necesitamos, hinchando un globo de debates huecos sin una mínima coherencia interna que permitiese luego una síntesis teórica radical; que redactó una declaración que defraudaba las ansias populares y que no era en modo alguno un programa de acción anticapitalista, sino una letanía pacifista y de llores y ruegos que ha condicionado esencialmente el actual FSM; que ha aceptado la “ayuda” de la Fundación Ford, conocida entre otras cosas por sus relaciones con la CIA; que mueve una apreciable cantidad de millones de dólares y que ha dado una imagen triste de consumismo burgués; que ha dado más importancia a la prensa del sistema y a las reuniones de alto copete que a la prensa alternativa y a las asambleas críticas; que ha controlado e intimidado la independencia juvenil, aumentando la presencia de fuerzas represivas y los sistemas de vigilancia y separación; que ha oficializado una “teoría” cargada de conceptos polisémicos, ambiguos, difusos e insustanciales que al ir desde la inexistente “sociedad civil mundial” a toda serie de “utopías” permite divagaciones múltiples que, para colmo, aceptan el límite burgués del “rechazo de la violencia”.

Esta crítica era cierta y ha sido confirmada y hasta superada por el III FSM. Desde la base en la que se sustentaba esta denuncia surgieron dos grandes opciones diferentes: la de no acudir al FSM, denunciándolo desde fuera y construyendo desde el exterior una alternativa revolucionaria que atraiga al personal. Y la de acudir críticamente para, desde dentro, además de contactar con todos los colectivos que sea posible, hacer propaganda activa en defensa de una mejor y más efectiva coordinación revolucionaria. También están quienes dicen en plan purista que van críticamente, pero en su práctica diaria son cínicos reformistas que solamente buscan la foto y la notoriedad de prensa. Sin perder el tiempo en esta gente, hay que decir sobre las dos primeras posturas que, en base a lo aquí expuesto, no debe haber una total incomunicación entre una y otra. El problema crucial no radica en si ir críticamente o no ir al FSM sino en si se trabaja para crear otro foro alternativo, verdaderamente de izquierda. Ir o no ir es en estos momentos un debate táctico porque afecta a solamente una parte de las tareas que se nos presentan en el contexto capitalista actual y ante sus tendencias. Decir que la presencia crítica o ausencia en el FSM --y en otros encuentros de la misma índole-- es un problema táctico puede sorprender a más de uno, pero se comprende fácilmente cuando se parte de una visión más amplia de los problemas a los que nos enfrentamos: la complejidad de colectivos y grupos, la amplia gama de objetivos y campos de intervención en la que se mueven y, por tanto, la aun más amplia necesidad de respuestas, contactos y relaciones particulares que cada grupo y colectivo tienen.

Por ejemplo, debemos saber discernir las diferentes necesidades que tienen los miembros de una nación oprimida, que deben ampliar sus relaciones internacionales porque el Estado que les oprime les impiden o dificultan sistemáticamente cualquier presencia internacional. Debemos comprender, también, las necesidades de organizaciones que simultanean diversas formas de resistencia, que interrelacionan diferentes métodos de aglutinación de fuerzas, que deben mantener una amplitud de contactos para aprender de muchas experiencias. Debemos comprender, además, las necesidades de organizaciones feministas revolucionarias que chocan permanentemente con el feminismo reformista, y que deben crear alianzas en el ámbito internacional. ¿Y qué decir de los grupos juveniles revolucionarios, o de los sindicatos sociopolíticos? No estamos hablando de ONGs que necesitan llenar su curriculum para seguir recibiendo subvenciones y ayudas, ni de grupos pacifistas que se dedican al turismo político, etc. Ahora bien, es innegable que existen otros colectivos revolucionarios que no necesitan invertir recursos en esos viajes porque sus campos de acción no se lo exigen, o porque están realmente convencidos de que no pueden sacar nada positivo de esos foros reformistas, o porque tienen otros medios de coordinación y debate internacional que les liberan de la necesidad de acudir a los encuentros, etc.

La diversidad de intereses tácticos inmediatos surge de la situación actual de la nueva oleada de luchas y de las tendencias evolutivas abiertas por la crisis capitalista. No encontramos en un momento de multiplicación de las expectativas, pero aun no se han perfilado suficientemente los ejes centrales capaces de cohesionar una praxis internacional con unos objetivos más perfilados. No nos debe sorprender esta situación porque es típica de los procesos ascendentes de lucha, cuando se van acercando y coincidiendo los diferentes grupos. Podríamos decir, sin mayores precisiones y siendo cautos, que nos encontramos en una situación algo similar a la que llevo a la creación de la I Internacional (1868-72) y luego, con los cambios lógicos, de la II internacional (1889-1914). En ambas, las condiciones de asistencia eran muy amplias y abiertas porque no se habían endurecido las condiciones como el caso en las décadas de los '20-'30 del siglo XX. No nos encontramos, sin embargo, en las condiciones de creación de la III Internacional (1919-43) y menos aun de la IV (1938...). Con esto no queremos plantear el debate de una hipotética V internacional, sino solamente hacer una aproximación rápida con respecto a la larga historia del movimiento revolucionario.

Si vale de algo esta larga experiencia, con todas las precauciones por los cambios socioeconómicos, políticos y culturales acaecidos, es para aprender que las posibilidades de coordinación aumentan en los periodos anteriores al estallido de las crisis, de las guerras, de las revoluciones y contrarrevoluciones. Y que son estas luchas y guerras las que someten a duras selecciones a las izquierdas, depurando toda veleidad y/o superficialidad reformista, e imponiendo la urgencia vital del rigor organizativo y de la coherencia teórico-política. Grosso modo, la III y la IV Internacionales surgieron en un momento así. Pero no estamos, por ahora, en una situación así de elemental, es decir, de lucha revolucionaria y contrarrevolucionaria en su sentido fuerte y exacto del termino. Ahora bien, en la actualidad existen factores que no existían antes y que nos exigen respuestas nuevas. La burguesía ha aprendido mucho y ha desarrollado sistemas de control e integración, también de desintegración y represión, que antes no existían. A la vez, la dureza del ataque capitalista de finales del siglo XX ha debilitado mucho al movimiento obrero y a las fuerzas revolucionarias en algunos países importantes, como en Europa. Pero no las ha derrotado estratégicamente y, además, en otras partes del plantea estas fuerzas están en un claro avance. En estas condiciones, si nos debe preocupar que no seamos capaces de impulsar una reflexión radical organizada, planificada y destinada a elaborar el núcleo de un programa de intervención.

No nos debe sorprender el que desde la mitad de los '90 la casi totalidad de las luchas de masas, revueltas y hasta sublevaciones populares hayan desbordado y ridiculizado a las lentas y torpes burocracias político-sindicales, e incluso podemos decir que se ha vuelto a cumplir una especie de "ley histórica" según la cual las masas desbordan a las burocracias. Nos tiene que preocupar algo más el que fueran pocos los colectivos revolucionarios que se dieron cuenta en la segunda mitad de los '90 que algo nuevo se empezaba a mover en la lucha entre el Capital y el Trabajo, y es ya algo más preocupante que fueran menos todavía los que llegasen a teorizar esa nueva oleada antes de finales de los '90, aunque los hubo, pero apenas fueron escuchados hasta que aconteció la batalla de Seattle, donde precisamente las masas obreras de esa ciudad industrial llevaban varias semanas de huelgas y reivindicaciones, demostrando con antelación que Seattle no fue una mera "protesta juvenil". A partir de ahí, ante la objetividad de la nueva oleada, comenzó la mayor parte de la reflexión de las izquierdas, pero con la desventaja doble de que, por un lado, la prensa burguesa ya había divulgado el mito de la "lucha antiglobalización" como algo que no tiene nada que ver con el capitalismo realmente existente; y, por otro lado, el reformismo llevaba mucha ventaja gracias al desprestigio del stalinismo y el retraso de muchas corrientes que habían vivido solo para defender o denigrar al stalinismo, y no para desarrollar creativamente el marxismo.

Nos debe preocupar que la reflexión autocrítica y elaboración de nuevas alternativas por la izquierda no mantenga siquiera la velocidad de agudización de las contradicciones del sistema. Esta es la verdadera preocupación que debemos tener en la actualidad porque cuando el pensamiento revolucionario no puede ponerse a la altura de los acontecimientos en su lógica interna, indefectiblemente llega tarde y mal a las nuevas luchas, que se agotarán en si mismas o serán destruidas por la represión al fallar la existencia del factor subjetivo organizado. Cuatro son los principales problemas teóricos --en el sentido marxista de praxis-- sobre los que debemos multiplicar la batalla intelectual con el reformismo: uno, mostrar que se ha cumplido y se está cumpliendo la "profecía" marxista de que el capitalismo exige el aumento de la masa asalariada, de la gente que para poder vivir debe vender su fuerza de trabajo; es más, demostrar que debe cumplirse, aunque aumenten las formas, niveles y escalas introducidas intencionadamente por el Capital para dividir al Trabajo. Esta demostración hunde el mito de la "sociedad civil" en su versión burguesa y plantear la cruda realidad de las luchas sociales contra la explotación asalariada, cualquiera que sea su forma externa de manifestación.

Dos, mostrar que la cadena de explotación de la fuerza de trabajo comienza, en primer lugar, en su base más elemental y profunda que no es otra que la explotación sexo-económica de la mujer por el sistema patriarco-burgués, que ha subsumido partes de los sistemas patriarco-feudales y esclavistas anteriores. En segundo lugar, esta cadena explotadora se sostiene sobre la opresión de las naciones trabajadoras, etnias y grupos emigrantes, ocupadas por Estados extranjeros para obtener beneficios con esa opresión, y mostrar cómo el imperialismo actual debe aumentar esa explotación. Por último, a modo de vértice de la pirámide explotada, el pueblo trabajador, esa masa que vive del salario y que adquiere, según venimos insistiendo, tantas formas como necesidades tiene la burguesía para aumentar sus beneficios. Y hay que decir bien claro, que la clase trabajadora de una nación dominante suele terminar beneficiándose parcial y relativamente de la opresión nacional que su Estado burgués realiza y, sobre todo, de la opresión, explotación y dominación patriarcal.

Tres, mostrar que dicha pirámide solamente puede derruirse desde dentro mediante la supresión histórica del sistema salarial, pero también y como inexcusable exigencia objetiva, la superación del patriarcado y de la opresión nacional. Estas dos condiciones objetivas inexcusables se sustentan no solo en la necesidad de acabar con el salariado, que también, sino con la razón material previa del régimen salarial que no es otra que la propiedad privada de las fuerzas productivas y el derecho burgués a apropiarse del grueso del excedente social colectivo. Es así porque las mujeres y las naciones oprimidas no aparecen siquiera como mercancías, como es el caso de los trabajadores, sino mucho peor, como pura propiedad privada del macho y de la nación opresora. Por tanto, hay que demostrar la urgencia de expropiar a los expropiadores.

Cuatro, mostrar que en este proceso las masas han de conjugar la creación de su propio poder consejista y soviético en sus lugares de vida y trabajo con, a la vez, la destrucción partes cualitativas del poder del Estado; y deben, también, apoderarse de las restantes siempre bajo un control democrático socialista estricto orientado hacia la extinción del Estado, y basado, en última instancia, en la fuerza e independencia del pueblo en armas. Para llegar a este nivel de liberación, cada pueblo tiene el derecho político y el deber ético-moral de desarrollar las formas de lucha que estime imprescindibles y de relacionarlas como estime más conveniente. En este proceso, la dialéctica entre la organización revolucionaria y la autoorganización espontánea de las masas, debe ser cuidada y agilizada para no caer en ninguno de los dos extremos.

Desde estos criterios, que a su vez reflejan problemas y prácticas que nos remiten a la esencia misma de la lucha de clases, aplicados a nuestra realidad nacional vasca, es comprensible que en este texto se asuma y defienda la necesidad de acudir críticamente al III FSM como efectivamente sucedió. También muchos vascos independentistas y socialistas, feministas, trabajadores, jóvenes, defensores de los derechos humanos, defensores de otra calidad de vida no consumista, militantes de la cultura y la lengua, etc., han acudido y acuden a muchos otros eventos con unos objetivos claros y consecuentes con los principios que defienden en Euskal Herria. Precisamente, un dato que confirma lo correcto de esta línea es la sistemática oposición en contra del Estado español, con todos sus recursos, para impedir su presencia internacional. El Estado español utiliza desde sus embajadas y presiones y negociaciones con los Estados en los que van a tener lugar los eventos, hasta el colaboracionismo reformista sindical, político y cultural, que desde dentro mismo de las burocracias organizativas presionan con todas sus fuerzas para boicotear y abortar la presencia abertzale, o, al menos, reducir lo máximo posible su actividad. La mentira, la demagogia, la manipulación por la espalda, son prácticas habituales para aislar internacionalmente a Euskal Herria. Algo estará haciendo bien la izquierda abertzale con su presencia crítica en eventos internacionales incluso reformistas, cuando el Estado español hace tantos esfuerzos para impedirlo.

Ahora bien, de la misma forma en que se aplica una estrategia dúctil y flexible, supeditada siempre a unos objetivos últimos, también se debe comprender que otros colectivos no estiman necesario acudir, e incluso lo estiman contraproducente. Esta diferencia es, desde la perspectiva de este texto, secundaria, táctica y no debe dificultar sino acrecentar el internacionalismo revolucionario. Sería pueril creer lo contrario y rechazar toda coordinación por la diferencia táctica. Retrocederíamos a los peores momentos del peor sectarismo purista.

EUSKAL HERRIA

(2003/II/19)